

Antonio Ariño

SOCIÓLOGO Y COAUTOR DE *LA SECESIÓN DE LOS RICOS*

“La democracia está siendo vaciada de contenido por la desigualdad”

Antonio Ariño (Allepuz, 1953) acaba de publicar junto a Joan Romero *La secesión de los ricos* (Galaxia Gutenberg), una obra que se adentra en el territorio poco explorado de los miembros de la superélite contemporánea. Sociólogo y vicerrector de Cultura e Igualdad de la Universitat de València, Ariño advierte de que la desigualdad que encarnan los ultrarricos y su creciente desapego hacia el resto de la sociedad, sus normas y sus impuestos ponen en riesgo los fundamentos de la democracia.

PREGUNTA. *En el libro comparan ustedes el presente con la edad dorada de la economía norteamericana protagonizada a finales del siglo XIX por los robber barons, unos magnates carentes de escrúpulos.*

RESPUESTA. — En informes de empresas de inteligencia social, que es como se llaman a sí mismas las consultoras dedicadas a recopilar información sobre los ricos, se plantea que está teniendo lugar una segunda edad dorada. Como en la primera, personas de muy diverso origen pero que, en general, no proceden de familias ricas se hacen con fortunas extraordinarias. En el siglo XIX, el fenómeno estuvo relacionado con la revolución industrial y ahora está vinculado con la revolución de las tecnologías y la revolución financiera.

¿Resulta exagerado decir que existe una plutocracia global?

- Si partimos de la imagen de que las clases, los grupos sociales, han estado muy integrados y cohesionados a lo largo de la historia, podría parecer exagerado. Pero, si pensamos en las enormes diferencias que existen entre su riqueza y la del resto, así como en las estrategias que comparten, no lo es.

Sus fortunas ya no permiten representar la estructura social como una pirámide, resalta el libro.

- Así es. La metáfora más adecuada es la de los edificios que acaban en una aguja de una altura extraordinaria, que en algunos casos superan las nubes. Arriba encontramos un número de individuos que, según donde hagamos el corte, son tres o cuatro, 2.500 o 200.000. Estos últimos, que suponen el 0,004% de la población mundial, sí configuran una plutocracia. Tienen estrategias de internacionalización de sus negocios, de sus residencias y de la educación de sus hijos. Desarrollan estrategias ideológicas y políticas a través de *think tanks*, desde los cuales piensan el mundo como una unidad singular de negocio y mediante los que tratan de modificar la legislación en su beneficio. Hablamos de una lógica de internacionalización, de sociabilidad y de secesión, por el lugar donde ubican sus residencias, la importancia que otorgan a la ingeniería fiscal, las reducciones fiscales que exigen y la intimidación que practican sobre las naciones-estado. Les dicen: “Si usted no me trata bien, me iré”, aunque ya se han ido.

¿Qué consecuencias tiene para las democracias de masas?

- Es muy llamativo que este proceso se esté produciendo, en primer lugar, en los países democráticos, si bien el mayor crecimiento de *millardarios* se produce ahora en China, un país que, al menos desde finales de los años ochenta, no puede llamarse comunista. En los regímenes democráticos, no hay capacidad de las fuerzas sociales, sindicales y políticas de ejercer la intimidación, la coerción y el poder necesarios para la práctica de la redistribución. Y, sin la redistribución, la democracia no deja de ser una palabra tramposa. En Estados Unidos hay mucha investigación de cómo la legislación queda influida por grupos de presión. Vemos cómo se cambian gobiernos en Italia y en Grecia. Y la situación española actual, sin caer en una concepción conspirativa, también puede verse como un ejemplo de toda una serie de fuerzas en la sombra, que tienen enormes intereses en que se legisle en una determinada dirección. En ese sentido, la democracia está siendo vaciada de contenido.

¿Quiénes integran la plutocracia, quiénes son estos superricos?

- Las élites siempre son plurales. Hay personas extraordinariamente ricas en la esfera de las *celebrities*, el deporte, la arquitectura... Pero quien lleva la batuta no son estos, sino quienes trabajan en el mundo de las finanzas. Vemos cómo progresan grandes fortunas vinculadas a las innovaciones tecnológicas, como Microsoft, Google y Facebook. Pero muchos de ellos se han hecho ricos con el apoyo de otros que les han proporcionado sustento financiero. Las innovaciones en las finanzas son, creo, las más espectaculares de la historia de la humanidad, aunque resulten menos visibles: el hecho de que máquinas hablen con máquinas para comprar en microsegundos haciendo grandes negocios, que se especule con el futuro en los denominados mercados de futuro, que se puedan empaquetar en productos financieros cosas absolutamente dispares, como vimos con las hipotecas *subprime*. La influencia que ejerce no ya la economía, en general, sino en concreto el capitalismo financiero es, desde mi punto de vista, el núcleo central.

Los superricos españoles presentan características distintivas.

— La primera característica propia es que puede que tengamos al más rico del planeta. No se puede estar completamente seguro, porque esa clasificación cambia cada día. Es Amancio Ortega, procede del sector textil, aunque cuenta con inversiones inmobiliarias, y es un rico atípico. Aunque no he estudiado a fondo su caso, no tengo la impresión de que visite los grandes foros. No tengo referencias, por ejemplo, de que vaya a Davos y se codee allí con sus iguales en fortuna. Pero la segunda persona más rica es su hija. Sucede lo mismo con los Botín y, entre hermanos, con los Roig. Es decir, que la vinculación familiar está muy presente. Si dejamos de lado a las familias Ortega y Roig, el resto está muy relacionado con el sector financiero y la construcción. Un capitalismo muy vinculado con las regulaciones estatales; lo que se ha llamado capitalismo de compadreo. No tenemos ricos procedentes de las grandes innovaciones tecnológicas y financieras, lo cual es significativo de nuestro capitalismo y de sus debilidades.

A escala global, al contrario de lo que puede parecer, en paralelo a la emergencia de los superricos, las clases medias no desaparecen, sino que crecen gracias a países como India y China.

— Todos los procesos de deslocalización industrial, al menos en una etapa, tienen un efecto positivo en los países donde se instalan las industrias. Con una explotación brutal, claro está, permiten que amplios grupos de la sociedad puedan ascender socialmente y tengan unos ingresos que con anterioridad no tenían. Estas clases medias logran unos ingresos muy inferiores a los de las clases medias de los países desarrollados. Pero son medias en el sentido de que están en el medio de la estructura de la distribución de la riqueza de sus países y muy en los percentiles medios cuando se considera el mundo como una totalidad agregada. Hoy por hoy no pueden tener los mismos intereses que las clases medias occidentales. Lo que para ellas supone crecimiento, para las europeas y norteamericanas es su gran amenaza. El trabajo que se genera allí es, en gran medida, el que se pierde aquí. Eso sirve para quienes trabajan en el textil, pero también para arquitectos o diseñadores. Se ha dicho que los procesos que comportan mayor valor añadido se desarrollan en los países centrales. ¿Pero cuáles son esos procesos? Cada día se reducen significativamente y, en última instancia, el valor añadido será la capacidad de tomar decisiones. En todo aquello que puede ser deslocalizado –y con el desarrollo de la tecnología cada vez hay menos cosas que no puedan serlo– se genera una competencia entre clases medias ascendentes y clases medias en crisis.





FOTO: José Cuellar

Pero, según concluyen, las clases medias tampoco han menguando de forma significativa en los países occidentales. Otra cosa son sus expectativas.

— No se trata tanto de una destrucción masiva de clases medias en los países desarrollados como de que su horizonte de certidumbre se ha roto, y todavía más para sus hijos. A veces se ha presentado esta dinámica como un proceso de polarización, en el que a un lado están los grandes ricos y al otro todos son perdedores. Y no es así. Dentro de estos perdedores, hay muchas formas de perder y muchas magnitudes de pérdida. Quienes más han perdido han sido los que ya estaban más abajo. Pero la pérdida también tiene que ver con las expectativas que se tienen, que en las clases medias eran superiores a las que van a conseguir para sus descendientes.

Pese a encarnar un fenómeno histórico, existe poca información sobre los superricos. ¿De dónde la han obtenido ustedes?

— De empresas de inteligencia social y grandes consultoras de bancos, que recopilan información sobre los ultrarricos para venderla. Son vías que tienen limitaciones. Hay otras fuentes, pero están ocultas o son muy caras. Estas empresas tienen fichas de más de 200.000 ricos. Sin dar nombres, han publicado artículos sobre su coeficiente de inteligencia o sobre los colegios en los que estudian sus hijos.

Afirman que los internacionalistas del siglo XXI son ellos.

— Lo son. Hay un repliegue nacionalista o populista en el mundo. Incluso algunos de los ultrarricos manifiestan estas tesis. Pero sus bolsillos son internacionalistas, sus prácticas sociales son internacionalistas, se casan con personas de otras nacionalidades, tratan de llevar a sus hijos a las mejores universidades del planeta, tienen residencias en varios países...

¿Qué son las family offices u oficinas familiares?

— Empresas cuya finalidad es asesorar a estas personas. Pensemos en una alguien que vive en Estados Unidos, pero hoy se ha levantado con ganas de cenar en París. Las *family offices* se encargan de que tenga el baño preparado cuando llegue, de organizar un cóctel y de avisar a las personas que debe invitar. Equivalen al cargo de relaciones institucionales, pero se ocupan también de si necesitas pedicura a las siete de la tarde o un traje nuevo, de que todo esté a punto a la hora prevista en el lugar prefijado. Como se mueven globalmente, necesitan gestores de esa movilidad global.

El proceso de secesión que describe el libro tiene en la aspiración de vivir en Marte o en plataformas en aguas internacionales los ejemplos más excéntricos. Pero ustedes subrayan que no se trata de sueños, sino de proyectos.

— Hoy ya existen áreas residenciales que funcionan como entidades independientes y donde no entra la autoridad pública. El cierre es tan grande que tienen sus propias normas de residencia, funcionamiento y aceptación de la gente que vive en ellas. Son territorios dentro del Estado liberados del Estado. El caso de Peter Thiel, con su ciudad levantada en aguas internacionales, puede parecer pintoresco. Pero deja de serlo cuando uno entra en su página web y ve la cantidad de personas que tiene contratadas y los miles de millones que dedica al proyecto. Lo mismo sucede con Elon Musk y Marte. Al menos ellos no lo piensan en clave de utopía imaginaria, sino como algo que será factible.

¿Por qué afirman que la meritocracia se ha convertido en un medio de legitimación de esta desigualdad?

— Una cosa es la meritocracia como alternativa a la aristocracia y otra cómo funciona en la práctica en nuestras sociedades, donde hay otros factores de desigualdad que no dejan de alimentarla para que sea cada vez más selectiva y finalmente opere como una ideología contra la justicia. La idea subyacente en el mérito es que uno tiene lo que se ha ganado, desocializando todo aquello que permite su desarrollo. El niño o niña que llega a una cierta posición ha nacido en una familia. Esa familia forma parte de una estructura social. En esa estructura social hay determinados sistemas escolares y carreteras, las infraestructuras que han permitido el desarrollo de unas cualidades intrínsecas. Todo eso se olvida en el discurso meritocrático.

Algo parecido advierten ustedes sobre la filantropía.

— Hemos pasado de la caridad entendida como compadecer, –esto es, padecer como la persona que se encuentra peor y a la que se ayuda–, de la caridad como afirmación de un estatus superior, que podía darse en la edad media, a una filantropía o mecenazgo que se gestiona de la misma manera que las empresas. El cambio de las palabras no es casual. La historia nos enseña que la economía de las donaciones, que existe en todas las sociedades, tiene como característica fundamental dramatizar la importancia que tiene la otra persona en la donación, no lo que se intercambia. El mercado olvida esto. Lo hace todo equivalente a todo a través de la moneda y, por tanto, lo único que importa es la eficacia, la eficiencia y la productividad. El filantrocipitalismo no es más que la colonización de la economía de las donaciones por la economía de mercado.

La magnitud alcanzada por los superricos se gesta, señalan, a partir de los años setenta y ochenta del siglo xx.

- Aquí Joan (Romero) y yo teníamos algún pequeño matiz. Estoy totalmente de acuerdo en que los factores políticos son la clave de bóveda de todo el proceso, porque la política podría haber cambiado las cosas desde el principio. Pero no podemos olvidar que se producen revoluciones de una magnitud sin precedentes. La revolución digital permite que el mercado opere en tiempo real a escala global. Las grandes fortunas de hoy son tan diferentes a las del XIX porque todo se negocia a escala global. El ferrocarril no podía llegar a todo el planeta a la velocidad a la que hoy llega la última aplicación. También está el capitalismo financiero del que hemos hablado. Todo esto no hubiera generado la desigualdad que ha generado si las políticas y las leyes no hubieran acompañado. El otro factor político es el derrumbe del comunismo. Los treinta años conocidos como las tres décadas gloriosas tienen mucho que ver con la capacidad que tenía la clase obrera en ese contexto geoestratégico para presionar a los capitalistas para que se sentaran a adoptar acuerdos.

¿Es posible volver a sentar a las élites?

- Tenemos que tener esa esperanza. El momento que vivimos no es propicio para la esperanza, porque ellos son cosmopolitas, internacionalistas y globales, y no hay un contrapoder cosmopolita, internacionalista y global. No vamos a volver al pasado, pero creo que habrá fuerzas que generarán equilibrios más justos que los actuales. Para que eso suceda, pensamos que es necesario enfocar las cosas de otra manera. La primera condición es mirar bien.

Los ciudadanos suelen subestimar la desigualdad e incluso, cuando son conscientes, no siempre abogan por medidas que podrían reducirla, según han constatado ustedes.

- Es un tema muy complejo. A medida que aumenta la desigualdad, existe una mayor legitimación social de la misma. El caso más llamativo es China, en parte porque allí se tiene la percepción de ser una sociedad con movilidad ascendente.

A pesar de la crisis que atraviesa, el modelo social europeo frena los niveles de desigualdad de otros lugares del mundo. Ustedes creen que el continente será clave para encontrar soluciones.

- Existe el efecto óptico de que Europa existe, cuando yo creo que estamos en un proceso de europeización. Ahora parece que se quiera volver a situaciones a las que no podemos volver. La idea de ser soberanos en nuestro pequeño territorio, sea el que sea, ignora la complejidad de las fuerzas que tejen las sociedades y el planeta. Soy partidario de autonomías, porque creo que la gobernanza mundial es de coimplicación de diferentes poderes, pero reconociendo que hay un nivel en el cual se deben depositar determinados componentes de la soberanía, porque, de lo contrario, lo pierdes todo. Creemos que más y mejor Europa generará mayor poder contra las multinacionales y las plutocracias. Que más y mejor poder a escala planetaria de las democracias supondrá mayor capacidad de control. Y que mayor aislamiento, mayor cierre, es siempre mayor fragilidad para la mayoría. Yo no estoy contra la globalización, que es inevitable, sino contra esta globalización. La cuestión es, como cuando se desarrolló la primera revolución industrial, si queremos hacer con ella algo mejor.